

PRIMER PREMIO CATEGORÍA GENERAL

Luís Valverde Álvarez

(Andújar, Jaén)

EL GRAN CANADÁ

Tenía los ojos azules como un río de aguas estrepitosas, el pelo ondulado, la boca grande, la sonrisa ancha, la nariz de Dylan y casi siempre vestía camisas a cuadros como un leñador de Alaska. Le llamaban Miguel en su casa, pero para nosotros, para todos los aprendices de la obra era el Gran Canadá, que era como a él le gustaba que le llamasen. Hablaba muy poco porque tenía la voz blanca y fría, como los nórdicos. Guardaba un ensimismado silencio durante la jornada de trabajo porque siempre estaba soñando con los fríos bosques americanos, acechando nutrias entre las aguas, ardillas escalando el tejado de la cabaña donde vivía o trepando hacia las copas de los árboles, mientras los demás, sólo veíamos paredes blancas de yeso por las que había que meter cables o dar brochazos de pintura.

A la hora del almuerzo, en los bajos del edificio sin terminar, en los que el aire caracoleaba entre los sacos de cemento y yeso que descargaban los camiones y entre los que aparcaban las motocicletas de los albañiles, los demás aprendices, sentados en improvisados bancos fabricados con dos ladrillos, nos comíamos los bocadillos alrededor del bidón en el que se encendía la candela, escuchando las conversaciones de los oficiales, mientras que el Gran Canadá, a cambio de una propina, se quedaba en los pisos sin comer nada, removiendo las latas de pintura para que los oficiales, que cobraban por metros, las tuviesen listas al volver al tajo. Sabíamos, porque él lo había contado, que en cuanto fuese mayor de edad, ese dinero furtivo que no aparecía en el sobre que le entregaba a sus padres cada semana, como nosotros, le serviría para irse a Canadá a pescar salmones, cobrar pieles, viajar en un trineo tirado con un perro que se llamase Colmillo Blanco, vivir en una cabaña con la chimenea permanentemente encendida y casarse con una rubia alta y de piel blanca que le diese hijos que hablaran en inglés. Otras veces, cuando no había destajos, se sentaba junto al bidón y, después de limpiarse las manos y prohibirnos expresamente que tocásemos las horas, extraía de una bolsa cerrada con cremallera un folleto que le habían enviado de la embajada de Canadá y nos enseñaba unas espléndidas fotografías de paisajes increíbles y verdes, llenos de aguas frías y enormes osos, sitios de nombre impronunciable que iban a ser los lugares donde viviría en cuanto juntase el dinero suficiente para el pasaje. Muraba las fotos con el mismo arrobo con el que los demás mirábamos las revistas de mujeres desnudas o de coches fantásticos que nunca disfrutaríamos. Las fotos de las revistas siempre contaban mentiras, decían los oficiales. Pero el Gran Canadá no escuchaba a los oficiales.

El Gran Canadá no tenía pandilla ni jugaba al fútbol ni salía por las noches, no se arreglaba los domingos para buscar novia o ir al cine. Por las tardes, después del trabajo, acudía a una academia de inglés y los domingos por la mañana iba al río a pescar mientras repetía las clases de inglés a un radiocasete que le espantaba los peces. Y sobre todo escuchaba a Dylan: se sabía de memoria las canciones de la única cinta que tenía.

Ahora, treinta años después de todas las cosas, tengo al Gran Canadá delante de mí, estirado en su traje de mortaja, con el pelo blanco y tapones en los orificios. No lo había

vuelto a ver desde entonces, desde que me fui a la ciudad a consumir mi vida en una cadena de montaje de teléfonos. Me he enterado de su muerte por pura casualidad. He venido con la familia de vacaciones al pueblo, a visitar las tumbas de mis padres y a enseñarles a mis hijos el origen de mi vida. Al pasar por una calle he visto una esquila mortuoria que me ha llamado mucho la atención. En lugar de un motivo religioso, la imagen del anuncio era un bosque verde lleno de luz y de nieve. Después de su nombre, entre paréntesis, se leía “EL GRAN CANADÁ”.

En el Tanatorio, una persona que dijo ser su hijo me explicó que hacía unos años se había vuelto loco. Un día se despidió de la empresa de aplicación de pinturas en la que había trabajado toda su vida y abandonó su casa. Se había tirado a la calle a cantar canciones de Bob Dylan a cambio de unas monedas con las que compraba vino, dormía en un cobertizo abandonado en el bosque y comía de la pesca y la caza que capturaba. Cuando estaba borracho, lloraba, se maldecía y llamaba a voces a un perro imaginario.